

EL DIRECTORIO

CAPÍTULO PRIMERO

Nombramiento de los cinco directores.—Instalación del cuerpo legislativo y del Directorio.—Situación difícil del nuevo gobierno.—Apuros de la hacienda.—Descrédito del papel moneda.—Primeros trabajos del Directorio.—Pérdida de las islas de Maguncia.—Renovación de las hostilidades en la Bretaña y en la Vendée.—Aproximación de una nueva escuadra inglesa á las costas del Oeste.—Plan de hacienda propuesto por el Directorio.—Nuevo empréstito forzoso.—Condena de algunos agentes realistas.—La hija de Luis XVI es entregada á los austriacos, canjeándola por los representantes vendidos por Dumouriez.—Situación de los partidos á fines de 1795.—Armisticio concluido en el Rhin.—Operaciones del ejército de Italia.—Batalla de Loano.—Expedición de He-Dieu.—Marcha de la escuadra inglesa.—Últimos esfuerzos de Charette.—Medidas del general Hoche para efectuar la pacificación de la Vendée.—Resultados de la campaña de 1795.

El 5 brumario del año IV (27 octubre 1795) era el día fijado para poner en vigor la Constitución directorial: en este día debían reunirse las dos terceras partes de la Convención conservadas en el cuerpo legislativo, con el tercio nuevamente elegido por las asambleas electorales, dividirse en dos consejos, constituirse y proceder al nombramiento de cinco directores encargados del poder ejecutivo. Durante aquellos primeros momentos consagrados á organizar el cuerpo legislativo y el Directorio, los antiguos comités de gobierno podían continuar en el ejercicio de sus funciones, conservando en depósito todos los poderes. Los individuos de la Convención enviados á los ejércitos ó á los departamentos, proseguirían su misión hasta que se les notificase el establecimiento del Directorio.

Gran agitación reinaba en los ánimos: los patriotas moderados y los exaltados manifestaban igual irritación contra el partido que atacó á la Convención el 13 vendimiario; tenían muchos temores, y excitábanse á unirse para resistir al realismo; decían altamente que sólo debían figurar en el Directorio y en los demás destinos hombres comprometidos irrevocablemente en la causa de la revolución; desconfiaban mucho de los diputados del nuevo tercio, é indagaban con inquietud sus nombres, su vida pasada y sus opiniones conocidas ó supuestas.

Los individuos de las secciones, ametrallados el 13 vendimiario, aunque tratados con la mayor clemencia después de la victoria, mostrábanse ya insolentes; orgullosos por haber resistido un instante el fuego, parecían creer que la Convención no les había tenido consideraciones sino porque conocía su fuerza y la justicia de su causa. Presentábanse en todas partes, ponderaban sus hazañas, decían en los salones las mismas impertinencias contra la gran asamblea que había cesado en el poder, y afectaban contar mucho con los diputados del nuevo tercio.

Estos últimos, que debían ir á tomar asiento en me-

dió de los veteranos de la revolución, para representar la nueva opinión formada en Francia después de prolongados disturbios, distaban mucho de justificar todas las desconfianzas de los republicanos y las esperanzas de los contrarrevolucionarios. Contábanse entre ellos algunos individuos de las antiguas asambleas, tales como Vaublanc, Pastoret, Dupont de Nemours y el sabio Tronchet, que tan grandes servicios había prestado á nuestra revolución. Veíanse además muchos hombres nuevos, no de esos extraordinarios que brillan al principio de las revoluciones, sino algunos de verdadero mérito, que así en la carrera de la política como de las artes suceden al genio, juristas y administradores tales como Portalis, Simeón, Barbé-Marbois y Tronçon-Ducoudray. Estos nuevos elegidos, prescindiendo de algunos contrarrevolucionarios notables, pertenecían á esa clase de hombres moderados que no habiendo tomado parte alguna en los acontecimientos, ni podido por consiguiente hacer daño ni engaño, pretendían amar la revolución, pero separándola de lo que llamaban sus crímenes. Naturalmente debían hallarse bastante dispuestos á censurar lo pasado; pero habíanse reconciliado ya un poco con la Convención y la república para ser elegidos, porque se perdona de buena gana un orden de cosas en el que se encuentra un punto donde figurar. En cuanto á lo demás, extraños á París y á la política, tímidos aún en aquel nuevo teatro, buscaban y visitaban á los individuos más considerados de la Convención Nacional.

Tal era la disposición de los ánimos el 5 brumario del año IV. Los representantes de la Convención reelegidos se reunían y trataban de concertar los nombramientos que aun faltaba hacer para quedar dueños del gobierno. En virtud de los célebres decretos del 5 y 13 fructidor, el número de diputados en el nuevo cuerpo legislativo debía ser de quinientos; y si no se completaba con las reelecciones, los individuos presentes el 5 brumario se constituirían en junta para obtener el nú-

mero. Acordóse un proyecto de lista en el comité de salvación pública, en la cual se comprendió á muchos montañeses pronunciados: la lista no se aprobó por completo, pero incluyéronse patriotas conocidos. El 5, todos los diputados presentes, reuniéndose en una nueva asamblea, se constituyeron en cuerpo electoral. Primeramente completaron los dos tercios de convencionales que debían tomar asiento en el cuerpo legislativo; después se formó una lista de todos los diputados casados, de más de cuarenta años, y eligiéronse á la suerte doscientos cincuenta para constituir el Consejo de los Ancianos.

Al día siguiente se reunió en el Picadero el Consejo de los Quinientos, en la antigua sala de la Asamblea Constituyente, y eligióse por presidente á Daunou, y por secretarios á Rewbell, Chenier, Cambaceres y Thibaudeau. El Consejo de los Ancianos se reunió en la antigua sala de la Convención: Larevelliere-Lepaux fué designado para la presidencia; Baudín, Lanjuinais, Breard y Carlos Lacroix para secretarios. Estas elecciones eran convenientes y probaban que en ambos consejos resultaba la mayoría en favor de la causa republicana. Declaráronse aquéllos constituídos, notificándose entre sí por mensajes; y confirmaron interinamente los poderes de los diputados, aplazando la revisión hasta que se hallase organizado el gobierno.

Faltaba hacer la más importante de todas las elecciones, la de los cinco magistrados encargados del poder ejecutivo: de ella dependía á la vez la suerte de la república y de los individuos; pues los cinco directores, debiendo hacer el nombramiento de todos los funcionarios públicos y de toda la oficialidad de los ejércitos, podían constituir el gobierno á su antojo, confiándole á hombres afectos ó contrarios á la república. Eran dueños además del destino de los individuos; podían abrirles ó cerrarles la carrera de los empleos públicos, recompensando ó desanimando á los talentos fieles á la revolución, y por lo tanto era inmensa la influencia que debían ejercer. He aquí por qué preocupaba singularmente los ánimos la elección que se trataba de hacer.

Los convencionales se reunieron para concertarse sobre aquélla, y el parecer de todos fué elegir regicidas á fin de tener más seguridades; las opiniones, después de fluctuar algún tiempo, se decidieron al fin en favor de Barras, Rewbell, Sieyes, Larevelliere-Lepaux y Letourneur. Barras había prestado grandes servicios en termidor, pradiar y vendimiario; fué en cierto modo el legislador opuesto á todas las facciones, y la última batalla del 13 vendimiario le había dado sobre fodo gran importancia, aunque el mérito de las disposiciones militares de esta jornada perteneciese al joven Bonaparte. Rewbell, encerrado en Maguncia durante el sitio y con frecuencia llamado á los comités desde el 9 termidor, había adoptado la opinión de los termidorianos, manifestando aptitud y celo en los negocios y cierta energía de carácter. Sieyes era considerado como el primer genio especulador de la época. Larevelliere-Lepaux se había asociado voluntariamente á los girondinos el día de su destierro, volvió el 9 termidor para reunirse con sus colegas y combatió por todos los medios las dos facciones que habían atacado alternativamente á la Convención. Patriota benigno y humano, era el único gi-

rondino de quien la Montaña no sospechó y el único patriota cuyas virtudes no se atrevían á negar los contrarrevolucionarios. Sólo tenía un inconveniente, al decir de ciertas personas, y era la deformidad de su cuerpo, pretendiéndose que no le sentaría bien el manto directorial. Por último, Letourneur, conocido por patriota y apreciado por su carácter, era un antiguo oficial de ingenieros, que en los últimos tiempos reemplazó á Carnot en el comité de salvación pública, pero que distaba mucho de tener su talento. Algunos convencionales hubieran querido ver figurar entre los cinco directores á uno de los generales que más se distinguieron á la cabeza de los ejércitos, como Kléber, Moreau, Hoche ó Pichegrú; pero temiendo conceder demasiada influencia á los militares, no se quiso llamar á ninguno al poder supremo. Para asegurar las elecciones acordaron los convencionales emplear un medio que sin ser ilegal parecía un engaño. El Consejo de los Quinientos, ateniéndose á lo prevenido por la Constitución, debía presentar para todas las elecciones una lista decupla de candidatos en el Consejo de los Ancianos. Este último elegía uno de cada diez, de suerte que para cinco directores había que presentar cincuenta candidatos.

Los convencionales, que tenían la mayoría en los Quinientos, acordaron inscribir á Barras, Rewbell, Sieyes, Larevelliere-Lepaux, y Letourneur al principio de la lista, añadiendo después cuarenta y cinco nombres desconocidos, cuya elección no podía fijarse. De este modo era forzoso que se prefiriese á los cinco candidatos que los convencionales habían querido llamar al Directorio.

Observóse exactamente este plan; pero como faltaba un nombre para los cuarenta y cinco, agregóse el de Cambaceres, que agradaba mucho al nuevo tercio y á todos los moderados. Cuando se presentó la lista á los Ancianos manifestaron no poco descontento al ver cómo se violentaba su elección. Dupont de Nemours, que había figurado en las asambleas anteriores, y era adversario declarado, si no de la república, al menos de la Convención, pidió un aplazamiento. «Sin duda, dijo, no serán indignos de vuestra elección los cuarenta y cinco individuos que completan esta lista, pues en el caso contrario, deberíamos convenir en que se ha tratado de violentaros en favor de cinco personajes. Estos nombres, que llegan por primera vez á vosotros, pertenecen seguramente á hombres de modesta virtud, dignos también de representar á una gran república; pero se necesita tiempo para llegar á conocerlos. Su modestia misma, que los ha tenido ocultos, nos obliga á practicar indagaciones para apreciar su mérito, autorizándonos á pedir una suspensión.» Los Ancianos, aunque resentidos de esta manera de proceder, participaban de las ideas de la mayoría de los Quinientos, y confirmaron las cinco elecciones que se había querido imponerles. Larevelliere-Lepaux obtuvo doscientos diez y seis votos de los doscientos diez y ocho emitidos; tan unánime era el aprecio que inspiraba este hombre de bien; Letourneur, ciento ochenta y nueve; Rewbell, ciento setenta y seis; Sieyes, ciento cincuenta y seis; y Barras ciento veintinueve. Este último, que era más hombre de partido que los otros, debía excitar más disidencias y reunir menos votos.

Estos cinco nombramientos causaron gran satisfacción á los revolucionarios, que se veían seguros del gobierno, y tratábase sólo de saber si los cinco directores aceptarían. No había seguridad respecto á tres de ellos; pero sabíase que dos tenían poca inclinación al poder. Larevelliere-Lepaux, hombre sencillo y modesto, poco apto para la administración de los negocios y de los hombres, no hallaba ni buscaba recreo sino en el Jardín de Plantas, con los hermanos Thouin, y era dudoso que se le persuadiese á desempeñar las funciones de director. Sieyes, dotado de un talento sólido, que podía concebirlo todo, lo mismo un negocio que un principio, era sin embargo incapaz por su carácter para cuidarse de las atenciones del gobierno. También podría ser que, enojado contra una república que no estaba constituida á su gusto, pareciese poco dispuesto á aceptar la dirección. En cuanto á Larevelliere-Lepaux, hizo valer una consideración muy poderosa para su honrado carácter: se le dijo que su asociación á los magistrados que iban á gobernar la república era útil y necesaria, y esto bastó para que cediese. En efecto, entre aquellos cinco individuos, hombres de negocios ó de acción, necesitábase una virtud pura y notable, y hallóse por la aceptación de Larevelliere-Lepaux. En cuanto á Sieyes, no se pudo vencer su repugnancia, y rehusó asegurando que no se creía apto para el gobierno.

Fué preciso, pues, proveer á su reemplazo. Había un hombre que gozaba de inmensa consideración en Europa, y era Carnot. Exagerábase sus servicios militares, que sin embargo eran verdaderos; atribuíanle todas nuestras victorias; y aunque hubiese sido individuo del gran comité de salvación pública, colega de Robespierre, de Saint-Just y de Couthón, sabíase que los había combatido con la mayor energía. Véase en él un gran genio militar unido á un carácter estoico.

La nombrada de Sieyes y la suya eran las dos más grandes de la época. Nada podía hacerse mejor, para la consideración del Directorio, que substituir una de aquellas dos celebridades con la otra. Carnot fué inscrito, pues, en la nueva lista, junto á nombres que hacían forzoso su nombramiento, y en la cual figuraban ocho desconocidos, agregándose luego el de Cambaceres. Los Ancianos, sin embargo, no vacilaron en preferir á Carnot, quien obtuvo ciento diez y siete votos entre doscientos trece, y fué así uno de los cinco directores.

Barras, Rewbell, Larevelliere-Lepaux, Letourneur y Carnot fueron, pues, los cinco magistrados encargados de gobernar la República: entre ellos no había ningún hombre de genio, ni aun de gran nombrada, excepto Carnot; pero ¿qué había de hacerse al fin de una sangrienta revolución que en pocos años había devorado varias generaciones de hombres de genio en todos los géneros? Ya no había ningún orador extraordinario en las asambleas, ningún célebre político en la diplomacia. Sólo Barthelemy había merecido cierta consideración por los tratados con Prusia y España; mas no inspiraba la menor confianza á los patriotas.

En los ejércitos se formaban ya grandes generales, y preparábanse otros más notables aún; mas entonces no había ninguna superioridad reconocida, y por otra parte desconfiábase de los militares. Sólo existían, pues, según acabamos de indicar, dos notabilidades, Sieyes y Carnot; y en la imposibilidad de obtener la una se ad-

quirió la otra; Barras era hombre de acción; Rewbell y Letourneur, trabajadores; Larevelliere-Lepaux, sabio y probo. En aquel momento hubiera sido difícil constituir de otro modo la suprema magistratura.

Al encargarse del poder estos cinco magistrados, la situación era deplorable: necesitaban los unos mucho valor y virtud y los otros mucha ambición para aceptar semejante cargo. Era el día siguiente á un combate en el que había sido necesario llamar á un partido para luchar con el otro. Mostrábanse exigentes los patriotas, que acababan de verter su sangre, y los individuos de las secciones no dejaban de ser atrevidos. En una palabra, la jornada del 13 vendimiario no había sido una de esas victorias seguidas del terror, que sometiendo al gobierno al yugo de la facción victoriosa, le libran al menos de la vencida. Los patriotas se habían reanimado y los de las secciones no se habían sometido.

París estaba lleno de intrigantes de todos los partidos, agitado por todas las ambiciones y entregado á una espantosa miseria.

Entonces, lo mismo que en pradiel, faltaban las subsistencias en todos los grandes distritos; el papel moneda introducía el desorden en las transacciones y dejaba al gobierno sin recursos. No habiendo podido la Convención ceder los bienes nacionales por tres veces su valor de 1790, en papel, las ventas quedaron suspendidas; el papel, que no podía ingresar sino por aquellas, continuó en circulación, y su baja hizo progresos espantosos. Inútilmente se imaginó la escala de proporción para disminuir la pérdida de aquellos que recibían los asignados, porque esta escala no les reducía sino la quinta parte, mientras que no se conservaban ni aun la ciento cincuenta del valor primitivo. El Estado, que no percibía sino papel por el impuesto, estaba tan arruinado como los particulares. Ciertamente que le daban una mitad de la contribución en efectivo, con lo cual adquiría algunos víveres para la alimentación de los ejércitos; pero faltábanle á menudo los transportes, y estos víveres se pudrían en los almacenes. Para colmo de desgracias, y como ya sabemos, veíanse en la precisión de abastecer á París, entregando la ración por un precio en asignados que apenas cubría la centésima parte de los gastos. Este medio era por lo demás el único posible para facilitar al menos pan á los rentistas y á los funcionarios públicos que recibían sus pagas en asignados; mas esta necesidad hacía subir los gastos á una cifra enorme.

No teniendo sino papel para atender á este servicio, el Estado emitió asignados sin tasa, de tal modo que en pocos meses ascendió la emisión desde doce mil millones á veintinueve mil. La cantidad efectiva en circulación, por medio de las operaciones anteriores, llegaba á diez y nueve mil millones, excediendo á todas las cifras conocidas en Hacienda. A fin de no multiplicar más las emisiones, la comisión de los cinco, instituida en los últimos días de la Convención para proponer medidas extraordinarias de policía y hacienda, había mandado decretar en principio una contribución extraordinaria de guerra, veinte veces mayor que la territorial y diez más que el impuesto de las patentes, lo cual podría producir de seis á siete mil millones en papel. Sin embargo, esta contribución no estaba decretada sino en principio, y entretanto dábase á los contratistas

inscripciones de rentas que recibían á un tipo ruinoso, cobrando cinco francos de renta por diez de capital. Intentábase además negociar un empréstito voluntario al 3 por 100, que también era oneroso é insuficiente.

En medio de tan espantosa miseria, los funcionarios públicos, no pudiendo vivir con sus sueldos, presentaban su dimisión; los soldados abandonaban los ejércitos, que habían perdido una tercera parte de su efectivo, y volvían á las ciudades, donde merced á la debilidad del gobierno podían permanecer impunemente. Así, pues, la misión de los cinco magistrados que acababan

daban la demanda, y la Tesorería, que había sido declarada independiente del Directorio, facilitaba entonces los fondos otorgados por el decreto de aquéllos. El Directorio pidió primeramente tres mil millones en asignados, que se le concedieron y que fué preciso cambiar inmediatamente por numerario. ¿Quién debía hacer esta negociación, la Tesorería ó el Directorio? Esta fué la primera dificultad. Si la tomaba por su cuenta la Tesorería, excedíase en sus atribuciones de simple vigilancia; pero resolvióse, no obstante, la dificultad encargándole la negociación del papel. Los tres millones podían pro-



Carnot

de ser llamados al poder era por lo pronto mantener á cinco ejércitos y una inmensa capital, encargándose de reclutar aquéllos, sin más facultad que la de emitir asignados que no tenían valor, y reconstituir el gobierno entero en medio de dos facciones enemigas.

La necesidad de orden es tan grande en las sociedades humanas, que se prestan por sí mismas á su restablecimiento, secundando maravillosamente á los que se encargan de reorganizarlas. Sería imposible hacer esto último si no se prestasen; mas no por eso se debe reconocer menos el valor y los esfuerzos de los que osan acometer semejantes empresas. Al entrar los cinco directores en el Luxemburgo no hallaron un solo mueble: el conserje les dejó una mesa coja, un pliego de papel de cartas y una escribanía para extender la primera comunicación anunciando á los dos Consejos que el Directorio quedaba constituido. No había un cuarto en metálico en la Tesorería: imprimíanse todas las noches los asignados necesarios para el día siguiente y salían húmedos de las prensas de la república. Reinaba la mayor incertidumbre en cuanto á los abastecimientos, y durante algunos días no se pudieron distribuir sino algunas onzas de pan ó arroz al pueblo.

Comenzóse por hacer un pedido de fondos: según la nueva Constitución, debía preceder aquél á todo gasto, con aplicación á cada ministro; los dos Consejos acor-

ducir cuanto más veinte ó veinticinco de escudos, que apenas bastaban para atender á las primeras necesidades corrientes. Acto continuo se comenzó á trabajar en un plan de hacienda, y el Directorio anunció á los dos consejos que le sometería á su examen dentro de pocos días. Entretanto era preciso sostener á París, que carecía de todo. Ya no había sistema organizado de requisas; y el Directorio pidió autorización para exigir en los departamentos inmediatos al Sena, por vía de requerimiento, la cantidad de doscientos cincuenta mil quintales de trigo, á cuenta de la contribución territorial pagadera en especie. El Directorio pensó después en pedir una infinidad de leyes para la represión de los desórdenes de toda especie, y particularmente de la desertión, que disminuía diariamente la fuerza de los ejércitos. Al mismo tiempo comenzó á elegir los individuos que debían formar la administración. Merlin de Douai fué llamado para el ministerio de Justicia; mandóse venir á Aubert-Dubayet del ejército de las costas de Cherburgo para confiarle la cartera de Guerra; Carlos Lacroix se encargó de la de Estado; Faypoult de la de Hacienda, y Benezech, administrador inteligente, de la de Gobernación. El Directorio se ocupó después en buscar en la multitud de solicitantes que le asediaban los hombres más capaces de llenar las funciones públicas: mas no era posible que en aquella precipitación

no hiciese muy malas elecciones. Empleó sobre todo un gran número de patriotas que se habían distinguido demasiado para ser imparciales y prudentes: necesitáronse sus servicios el 13 vendimiario, y por esto se olvidó el temor que inspiraban.

Todo el gobierno, directores, ministros y agentes de toda especie, se formó con hombres que odiaban el recuerdo del 13 vendimiario y el partido que provocó esta jornada.

Ni aun se llamó á los mismos diputados convencionales que estaban en comisión; y para ello bastó al Directorio no comunicarles su instalación, queriendo darles así tiempo de concluir su obra. Frerón, enviado al Mediodía para suprimir los furios contrarrevolucionarios, pudo continuar su visita en aquellos desgraciados países. Los cinco directores trabajaban sin descanso, desplegando en aquellos primeros instantes el mismo celo que se había visto desplegar á los individuos del comité de salvación pública en los días para siempre memorables de septiembre y octubre de 1793.

Desgraciadamente, las dificultades de esta misión se agravaban por las derrotas. La retirada que se había visto obligado á emprender el ejército del Sambre y Mosa daba origen á los rumores más alarmantes. Por el más vicioso de todos los planes y la traición de Pichegrú no había producido el menor éxito, como ya hemos visto, la proyectada invasión de Alemania. Se quiso pasar el Rhin por dos puntos y ocupar la orilla derecha con dos ejércitos: Jourdan, que salió de Dusseldorf, después de haber cruzado el río con mucha felicidad, hallóse sobre el Lahn, estrechado entre la línea prusiana y el Rhin, y careciendo de todo en un país neutral donde no podía vivir á discreción. Sin embargo, esta escasez no hubiera durado sino algunos días, si hubiera podido avanzar por el país enemigo para unirse con Pichegrú, quien por la ocupación de Manheim halló un medio tan fácil como imprevisto de pasar el Rhin. Jourdan hubiera corregido con esta reunión el vicio del plan de campaña que se le había impuesto; pero Pichegrú, que discutía aún las condiciones de su defección con los agentes del príncipe de Condé, no había hecho pasar al otro lado del Rhin sino una fuerza insuficiente. Obstinábase en no cruzar el río con el grueso de su ejército, y dejaba á Jourdan solo en medio de Alemania y expuesto á sus ataques. Esta situación no podía prolongarse: todos cuantos tenían la menor noción de la guerra temblaban por Jourdan, y Hoche, que sin descuidar su mando en Bretaña dirigía una mirada de interés á las operaciones de los otros ejércitos, escribió sobre el particular á todo el mundo. Vióse, pues, Jourdan obligado á retirarse, repasando el Rhin, y procedió en esto con gran acierto, mereciendo estimación por su manera de dirigir la retirada.

Los enemigos de la república se regocijaban por este movimiento retrógrado, propagando los rumores más alarmantes; y sus malévolas predicciones se realizaron en el momento mismo de instalarse al Directorio. El vicio del plan adoptado por el comité de salvación pública consistía en dividir nuestras fuerzas, dejando así al enemigo, que ocupaba á Maguncia, la ventaja de una posición central, é inspirándole con esto la idea de reunir sus tropas para llevar el grueso contra uno ú otro de nuestros ejércitos. El general Clerfayt debió á esta

situación una idea feliz, que demostraba más genio del que había manifestado hasta entonces y también del que reveló en la ejecución. Un cuerpo de treinta mil franceses, poco más ó menos, bloqueaba á Maguncia: dueño de esta plaza, Clerfayt podía presentarse y agobiar con sus fuerzas á este cuerpo antes que Jourdan y Pichegrú tuviesen tiempo de acudir en su auxilio; y en efecto, aprovechó el instante conveniente con mucha oportunidad. Apenas se hubo retirado Jourdan al bajo Rhin, Dusseldorf y Neuwied, cuando Clerfayt, dejando un destacamento para observarle, dirigióse á Maguncia y concentró sus fuerzas, á fin de caer súbitamente sobre las que bloqueaban. Estas últimas, á las órdenes del general Schaal, se extendían en semicírculo alrededor de Maguncia, formando una línea de cerca de cuatro leguas. Aunque había tenido mucho cuidado en fortificarla, su extensión no permitía cerrarla bien, y Clerfayt, que lo había observado, descubrió más de un punto fácilmente accesible. La extremidad de aquella línea semicircular, que debía apoyarse sobre el curso superior del Rhin, dejaba entre los últimos atrincheramientos y el río una vasta pradera, y á este punto resolvió Clerfayt conducir sus principales fuerzas.

El 7 brumario (29 octubre) apareció con imponentes fuerzas por Maguncia, aunque no bastante considerables para asegurar el éxito. Los militares le vituperaron, en efecto, el haber dejado en la orilla derecha un cuerpo de ejército que, utilizado para operar en la izquierda, habría producido inevitablemente la pérdida de una parte del ejército francés. Clerfayt dirigió á lo largo de la pradera que llenaba el intervalo entre el Rhin y la línea de bloqueo una columna que avanzó con el arma al brazo, y al mismo tiempo remontaba el río una flotilla de lanchas cañoneras para secundar el movimiento de esta columna, mientras que el resto de su ejército avanzaba sobre el frente de las líneas con orden de atacar rápida y vigorosamente. La división francesa situada en la extremidad del semicírculo, viéndose á la vez atacada de frente, flanqueada por un cuerpo que se deslizaba á lo largo del río y cañoneada por una flotilla, cuyas balas llegaban por detrás, atemorizóse y emprendió la fuga en desorden. La división de Saint-Cyr, situada á continuación, quedó entonces descubierta y en peligro de ser arrollada; pero el aplomo y golpe de vista de su general la libraron del peligro. Haciendo un cambio de frente á retaguardia, efectuó su retirada en buen orden, advirtiéndole á las otras divisiones que hicieran lo mismo. Desde aquel momento quedó abandonado todo el semicírculo: la división Saint-Cyr hizo su movimiento de retirada hacia el ejército del alto Rhin, y las de Mengaud y Renaud, que ocupaban la otra parte de la línea, hallándose separadas, replegaron sobre el ejército de Sambre y Mosa, una de cuyas columnas avanzaba por fortuna hacia el Hunds-Ruck, al mando de Marceau. La retirada de estas últimas divisiones fué sumamente difícil, y habría llegado á ser imposible si Clerfayt, comprendiendo bien toda la importancia de su magnífica maniobra, hubiera operado con mayores fuerzas y suficiente rapidez. En concepto de los militares, después de romper la línea francesa hubiera podido flanquear rápidamente las divisiones que descendían hacia el bajo Rhin, arrollarlas y encerrarlas en el recodo que el Rhin forma desde Maguncia á Bingen.

La maniobra de Clerfayt no fué por eso menos notable, y se consideró como la primera en su género practicada por los coligados. Mientras tomaba así las líneas de Maguncia, Würmsér, emprendiendo un ataque simultáneo contra Pichegrú, le había ocupado el puente del Nécker, rechazándole después hasta los muros de Manheim. Así, pues, los dos ejércitos franceses, obliga-

Amenazaba á la república un nuevo desembarco de emigrados. Después de la funesta tentativa de Quiberón, que según hemos visto no se intentó sino con una parte de las fuerzas preparadas por el gobierno inglés, los restos de la expedición fueron trasladados á la flota inglesa y depositados después en la pequeña isla de Quat. Aquí desembarcaron las infelices familias de Mor-



2.—Traje de individuo del Consejo de los Quinientos

1.—Traje de individuo del Directorio

3.—Traje de individuo del Consejo de los Ancianos

dos á retirarse más allá del Rhin, aunque conservando á Manheim, Neuwied y Dusseldorf, pero separados uno de otro por Clerfayt, que había rechazado á todas las fuerzas que bloqueaban á Maguncia, podían correr graves peligros ante un general emprendedor y audaz. El último acontecimiento les había desanimado mucho; algunos fugitivos corrieron al interior, y una escasez absoluta contribuía al desaliento causado por la derrota. Felizmente, Clerfayt no se daba prisa en obrar, y empleaba mucho más tiempo del que hubiera sido necesario para concentrar todas sus fuerzas.

Estas tristes noticias, llegando del 11 al 12 brumario á París, en el momento mismo de la instalación del Directorio, contribuyeron mucho á que aumentaran las dificultades de la nueva organización republicana. En el Oeste ocurrían otros acontecimientos, menos peligrosos en realidad, pero igualmente graves, en apariencia.

bián, que habían salido al encuentro de la expedición, y el resto de los regimientos emigrados. En aquel pequeño escollo reinaba una epidemia y espantosas discordias. Al cabo de algún tiempo, Puisaye, llamado por todos los chuanes que habían roto la pacificación, y que atribuían á los ingleses y no á su jefe la desgracia de Quiberón, regresó á Bretaña, donde lo había preparado todo para renovar las hostilidades. Durante la expedición de Quiberón, los jefes de la Vendée habían permanecido inmóviles, porque aquella no se dirigía á su país, porque les estaba prohibido por los agentes de París secundar á Puisaye, y en fin, porque esperaban una victoria antes de osar comprometerse. Sólo Charette había entrado en contestaciones con las autoridades republicanas con motivo de diversos desórdenes cometidos en su distrito y de algunos preparativos militares de que se le acusaba, por lo cual había roto casi abier-